

Carlos López Beltrán

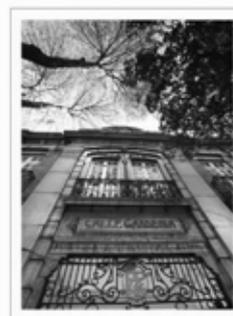
El ensayista como escrutador de meteoros

Salvador Gallardo Cabrera

¿De qué se forman los años? En un bello poema, Carlos López Beltrán nos ofrece una pista: las horas, los días, los años se forman con “lo que se fue orillando y ovillando... / Lo agrietar que se insinúa a medio tranco... / Lo que mengua restaña y titubea...”. El peso de lo residual, las destilaciones y las proyecciones que engarzan nuestros trayectos. El poema se titula “Cala” y muestra al poeta sacando y atando hilos para hacer una labor que traspasa y extrae una muestra, o que pregunta por la dirección de un afecto. Se cala un melón para probarlo como se hace una cala en los recuerdos, en los comienzos y en los sitios de inflexión para probarse con la escritura. Los catorce ensayos de *El material de los años* son calas y recorridos de superficie que buscan mostrar cómo se formaron esos días. Pero también son puntos de paso entre una exploración y otra, entre un umbral y un viaje, entre un día y su declive. Algunos ensayos funcionan bajo el modelo del hojaldrado: de un suelo de sedimentos, rocas basálticas y magma endurecido se va ascendiendo por una escalera flexible cuyos travesaños conectan con un episodio de la niñez o con capas de herencia, cultura, migraciones e hibridaciones de una ciudad como Jerusalén, México, Nueva York, y de un pequeño municipio de Veracruz llamado Cosoleacaque. Entre las capas hay corrientes divergentes y convergentes, turbulencias, rizos. Si en sus brillantes investigaciones filosóficas sobre el sesgo hereditario, Carlos López Beltrán nos hizo ver cómo la noción de herencia biológica, que comenzó siendo una metáfora marginal en los discursos de la medicina y de la crianza de animales, terminó infestando el espacio conceptual central de la biología, la antropología, la crimi-

nología y la novelística occidental en la segunda mitad del siglo XIX, en estos ensayos hojaldrados nos muestra los tiempos cortos de la vida familiar, la ondulante persistencia de la herencia paterna, los ritos de pasaje al cuerpo investido de deseos, la fuerza desbordada de las primeras amistades.

Otros ensayos se organizan desde el modelo meteorológico: el ensayista como escrutador de meteoros, de la física de la atmósfera y de sus fenómenos. Michel Serres decía que, hasta Leibniz, un filósofo que se preciara de serlo debía escribir sobre los meteoros. “Viento en la Gran Bretaña”, el ensayo con que arranca el libro, es un potente ejemplo de ese paso que López Beltrán busca trazar entre las fuerzas naturales, las conductas desplazadas de quienes son atravesados por esas fuerzas, y los flecos de las memorias con que buscamos cobijarnos de ellas. Así, en “Tensión superficial”, sigue los cambios de intensidad y de trayectoria del agua de una ciénaga, y los desplazamientos de los insectos patinadores, auxiliado por una serie de fotografías de Claudia Rodríguez Borja. O establece una “Historia natural del mundo tocado por la gracia” para transitar por los poemas de José Luis Rivas. El mundo encantado, pero también el planeta asediado por las fuerzas telúricas. Como una piedra imán, Carlos López Beltrán atrae los desastres. El sismo del 85 en México lo cimbró en Gardenia 35, un edificio en la colonia Juárez. Un ciclón extratropical lo siguió hasta Inglaterra. El ataque contra las Torres Gemelas, en el que las fuerzas telúricas empujaron ante la capacidad desnuda de la destrucción humana, lo pescó en la isla de Manhattan. El meteorólogo no es un cronista ni un pe-



El material de los años

Carlos López Beltrán

FRACTAL / CONACULTA

riodista de “actualidades”; busca dar cuenta, como se explica en “Pies en polvorosa”, de que las actitudes ante un desastre incomprendible “son una galería barroca de posibilidades expresivas”. Cuando el desastre llega, “nada del pasado sirve para saber qué serás entonces”, las cosas de que nos hacíamos acompañar pierden su espesor, nuestros propios afectos se vuelven extraños, las familiaridades se quiebran, vemos comportamientos que no ensamblan con los patrones cotidianos. Pero al lado de esa atmósfera de extrañeza radical, de esos movimientos desencajados, está la aun más sorprendente permanencia de nuestros soportes de orientación. Ante el desastre muchos escritores se extasían en el recuento de las extrañezas, de las velocidades desconocidas que se colaron desde el Afuera. Carlos López Beltrán da cuen-

ta de ellas, pero para mostrar que lo singular se alía siempre a lo sedimentario, que las posibilidades expresivas pueden girar en sentido contrario a las manecillas del reloj, como un ciclón rotando, y sin embargo no nos son extrañas del todo. El relato en el que Carlos aparece como personaje de su escritura cargando a su hijita mientras la tierra tiembla y todo se viene abajo, o la errancia con Mónica en los días que siguieron al atentado en Manhattan, son movimientos que han seguido a la aparición de la brecha, de la hendidura, de esa grieta en que nos hemos convertido, movimientos por los que entendemos que las relaciones que nos forman no preexisten, no son interiores a una atmósfera total, sino que son relaciones movedizas, frágiles. Y, con todo, qué potencia tiene nuestra fragilidad. Los ciclos vitales, los ciclos circadianos, se explica en “Nombrar el tiempo”, un ensayo dedicado a la obra del artista japonés On Kawara, se sincronizan con los ciclos atmosféricos y naturales, y entonces el tiempo desfonda los calendarios y las fechas que son “nombres propios de espacios de vida”. La vida singulariza el tiempo atmosférico, le da una dirección, y por ello “el tiempo es esto que

pasa entre las palabras mientras las escribo”; los días, sitios en donde se está. On Kawara vivió en México a finales de los años cincuenta, y tal vez supo que los antiguos mexicanos llevaban dos cuentas: una larga, del tiempo astronómico, y otra corta, de los días anudados por veintenas: la del descenso de las aguas, la del barrimiento de las calles, la de la fiesta de los muertos.

Es así que los materiales de estos ensayos son los días, los años, la vida en curso que los atraviesa, y las memorias por donde circulan. La escritura es una transición entre esos materiales, su gradiente de velocidad. A contracorriente de las tendencias que hacen del ensayo un mero receptáculo de opiniones, de curiosidades y minucias más o menos sabias, o un recorrido lineal de temas ya hechos a los que se suman comentarios y glosas, o un aparato ensimismado como los *papers* académicos, los ensayos de Carlos López Beltrán son experimentaciones de varia invención conectados con múltiples zonas, plataformas de creación conceptual, sintáctica y gramatical en movimiento, configuraciones de ambientes, de relatos, de historias, organizaciones espaciales de diversa esca-

la donde la escritura se detiene o se acelera, penetra y sobrevuela, trastoca (“Ayer estoy en Jerusalén”), cambia de ritmo y nos muestra un paisaje imprevisto, salta en medio para modificar el planteamiento inicial, se aleja y rumia, se acerca y observa, se sabe reducir a sí misma para dejar espacio al lector amigo, logra extraer múltiples cruces desde las bifurcaciones de la escritura, la vida y la memoria. Los ensayos de *El material de los años* dislocan los lugares comunes, como en “El relevo relevante”, una inflexión sobre la libertad para interrumpir el embarazo, o “Viril: crónica de mi carne”, un cuento ensayístico sobre cómo se llega a ser un varón en nuestra sociedad; hacen crecer preguntas nuevas en sitios distintos con un rigor pleno, con gracia y fuerza expresiva. Además, están llenos de resonancias: citas de poemas, apuntes milimétricos, paisajes, huellas de lecturas, y en cada ensayo una imagen que los prolonga. Un libro que alienta y mueve a seguir sus líneas de intensidad; un libro para volver a salir al día. **U**

Carlos López Beltrán, *El material de los años*, Fractal/Conaculta, México, 2015, 219 pp.



Carlos López Beltrán